

A propósito de don Andrés Bello

Escribe: CARLOS RESTREPO CANAL

Al meditar en estos días sobre el insigne personaje de quien se conmemora el centenario de su fallecimiento —esto es de don Andrés Bello— al analizar su personalidad, estudiada y elogiada por tan autorizados y eruditos escritores colombianos y extranjeros, al abrir de nuevo los muchos libros que contienen el variado conjunto de sus obras, se llega al convencimiento de que fue Bello como uno de aquellos grandes y brillantes varones del Renacimiento cuyas amplias facultades les hacían aptos para llegar al conocimiento de múltiples y variadas ramas del saber humano y para profundizar en ellas hasta llegar a constituirse en maestros y guías de las generaciones de su tiempo y de las que les sucedieron.

Se piensa a la vez que así como el florecimiento del siglo XV fue fruto de la paciente labor de reconstrucción de la cultura de la antigüedad, regenerada por la idea cristiana a través de las centurias de la edad media, entre la pugna de luces y de sombras, de santidad y de desvíos morales, así también el gran florecimiento de la cultura hispanoamericana en las postrimerías del siglo XVIII y en los principios del XIX —preludio de la era que dio tan brillante generación a las letras de mediados y finales de este último— fue resultado de la callada labor cultural de los tiempos anteriores.

Causa de este fenómeno se halla, pues, en la labor educativa de esos años precedentes y en las enseñanzas de hombres de ciencia que ilustraron a las juventudes de aquella época histórica, así como también en la fuerza de la tradición humanística de la España imperial de los siglos XVI y XVII.

Si observamos ese dilatado lapso de la vida de nuestro continente, época de la transculturación europea procedente de España, en el que hallamos varones eminentes en ciencias, letras y artes, así como también al final de él, en las armas, no se puede menos de considerar que nuestra América, a la que algunos historiadores o sociólogos han supuesto aletargada entonces en un profundo sueño colonial, era, por el contrario, un mundo dentro de cuya paz, pocas veces alterada, se preparaban selectas minorías llamadas a dirigir la transformación de los pueblos iberoamericanos.

Prescindiendo de la parte indígena, que poco a poco se había ido perfeccionando moral y culturalmente bajo la acción misional evangelizadora, y de la porción popular, descendiente de los pobladores españoles —soldados, menestrales, artesanos o labradores, entre la cual se efectuó más que en otras el mestizaje— hallamos una clase más elevada, formada por empleados públicos, artistas, agricultores, comerciantes o licenciados en diversas profesiones, y otro núcleo, más alto aún, verdadera aristocracia virreinal, compuesta de los más elevados funcionarios, de los hidalgos (a quienes bien podríamos llamar con el antiguo dictado, los *ricos homes* de los reinos ultramarinos) poseedores de las más extensas fincas rurales o dedicados a amplios negocios de comercio, en algunos casos. Tal era el aspecto de las sociedades hispanoamericanas, dentro de las cuales se efectuaba esa paciente labor de transculturación que iba configurando las sociedades del Nuevo Mundo e identificándolas con la de la metrópoli.

Mediante esa labor cultural ejercitada por ilustres figuras de doctos varones que en ese tiempo fueron maestros de la juventud en los colegios y en las universidades, que tanto el gobierno civil metropolitano como el eclesiástico suscitaron en estas provincias ultramarinas del imperio español, se vieron aparecer, procedentes de las dos clases más elevadas, en diversos ramos de las ciencias, hombres ilustres cuyo saber y cuyos talentos alcanzaron características sobresalientes: gobernantes, prelados, filósofos, juristas y aun guerreros de gran visión estratégica.

Surgió entonces Andrés Bello, quien pertenecía a la porción más selecta de la sociedad venezolana. Nació en Caracas el 29 de noviembre de 1781. Su apellido, de origen gallego, como lo fueron los de algunos otros hombres notables de la América española, ya había sonado en ella desde los primeros tiempos de la conquista de Méjico entre los compañeros de Cortés y de Grijalba, según lo indica un escritor español, que lleva el mismo apelativo de familia, en breve artículo publicado en una revista madrileña bajo el título de *Evocación de don Andrés Bello* (1).

Tuvo, pues, la fortuna Caracas, como lo hace notar don Marcelino Menéndez y Pelayo, “de haber dado a la América simultáneamente, su mayor hombre de armas y su mayor hombre de letras: Simón Bolívar y Andrés Bello” (2) dos grandes del Nuevo Mundo que se complementaron mutuamente en su actuación, el uno dando vida independiente a cinco repúblicas americanas, el otro difundiendo la cultura tradicional hispanoeuropea; ambos contribuyendo a dar a la nueva edad del mundo hispanoamericano orden jurídico internacional e interno, según sus diversos campos de acción.

Desde niño demostró Bello sus inclinaciones literarias y se dedicó a la lectura de los clásicos castellanos, cuyas obras adquiría en sus años de vida escolar, invirtiendo en ellas sus escasos ahorros. Leyó así el teatro de Calderón, del que se aprendía de memoria los pasajes que más atraían su admiración. Así, también, leyó a Cervantes con el provecho que su conocimiento conlleva para el cabal entendimiento del idioma y para la adquisición de limpia y armónica prosa castellana.

La formación de Bello se efectuó en su ciudad natal. Apenas adquiridos los conocimientos elementales inició sus estudios de latinidad y filosofía en el convento de La Merced, bajo la dirección del ilustrado padre mercedario fray Cristóbal de Quesada, quien advirtiendo en el joven caraqueño las dotes de talento que poseía se propuso hacer de él un docto humanista, propósito en el que el discípulo puso tan decidido empeño como el maestro. Continuó luego estudiando Bello en el Seminario de Santa Rosa —institución docente fundada por el obispo don Diego Baños y Sotomayor, bogotano— y concluyó su carrera en la universidad de Caracas; de tal suerte que en 1810 cuando fue a Londres como secretario de la misión enviada a Inglaterra por la junta de gobierno de Venezuela, en unión de Bolívar, teniente coronel de infantería de las milicias de Aragua entonces, y don Luis López Méndez, Bello había adquirido su completa formación intelectual y científica, aunque había de acrecentarla durante su vida en Londres, de donde no regresó a su patria; allí contrajo matrimonio y de allí mismo pasó a Chile, centro luego de sus actividades literarias, científicas y docentes.

En Caracas, según testimonio de Humboldt, que frecuentemente se ha citado, existía una gran cultura intelectual, y el mismo Bello así lo afirmó cuando dijo para contradecir y refutar conceptos que contra el medio intelectual de las provincias ultramarinas hispanoamericanas expresó el señor Lasterria. “La revolución hispanoamericana contradice sus asertos —dijo Bello— y jamás un pueblo profundamente envilecido fue capaz de ejecutar los grandes hechos que ilustran las campañas de los patriotas. El que observe con ojos filosóficos la historia de nuestra lucha con la metrópoli, reconocerá con dificultad que lo que nos ha hecho prevalecer en ella es cabalmente el elemento ibérico” (3).

En la sociedad caraqueña, como las hubo en nuestra Santa Fe, se reunían tertulias de carácter literario a que asistía Bello y donde adquirió aun más amplitud de conocimientos; tal la de don Luis Ustáriz, Mecenas de la juventud de Caracas. Allí se recibían y se leían las obras recientes publicadas en Europa; tal la de Bolívar, discípulo que fue de Bello, donde la vida cultural y literaria tenía otra sede de propagación y de refinamiento. Ciertamente es, por tanto, que cuando salió Bello de Venezuela para Londres “era ya un hombre completamente formado, y cuya ulterior vida, y las obras que después hicieron famoso su nombre, fueron progresiva continuación y naturales sazonzados frutos de aquella educación colonial que recibió en Caracas”, como observa el señor Caro en su ya antes citado escrito (4).

Fue don Andrés Bello precursor de una época de ilustres sabios y letrados, hombre que dominaba con capacidades singulares ramas tan diversas de la sabiduría, el humanismo, la filosofía, la filología, el derecho, la crítica literaria, la cosmografía, y que además poseía dotes de gobierno que le llevaron a regir durante largos años el Ministerio de las Relaciones Exteriores de la República de Chile.

Era, pues, decíamos, Bello, por estas cualidades suyas, como aquellos varones del Renacimiento que solían con igual propiedad y acierto participar en distintas y múltiples actividades y profesiones del saber, con profundo conocimiento de cada una de ellas.

Diversos aspectos presenta la personalidad literaria y científica de don Andrés Bello. Ante todo se manifiesta en él el humanista, conocedor y participante de la cultura clásica, acertado discípulo y traductor de los escritores griegos y latinos, alto poeta además, que con originalidad y sentimiento propios, de intenso sentido hispanoamericano, hizo vibrar de nuevo, en honor de los héroes de América y de las bellezas y de la fecundidad de la zona tórrida, el estro de Horacio y de Virgilio en sus hermosas *Silvas americanas*.

Mas si en estas composiciones poéticas apreciamos y admiramos a Bello como escritor de escuela clásica, le hallamos en otras poesías suyas plenamente romántico por el sentimiento y por la forma, por ello le fue dado interpretar en hermosas estrofas uno de los más notables cantos del que con razón fue considerado como último representante del Romanticismo en Francia: *La oración por todos*, de Víctor Hugo, a la que Bello, varón de ascendrada fe y de delicada y noble sensibilidad poética, dio más extensa expresión y añadió, como lo hizo notar ya don Miguel Antonio Caro, nuevas expresiones y bellezas poéticas.

Por esto mismo no es posible clasificar a Bello dentro de una u otra escuela literaria, sino necesario apreciar que dentro de la amplitud de su vuelo estético sabía sentir y expresar ambas formas de la belleza, y que acertaba a dar toques de sentimental inspiración romántica a sus odas clásicas, y elegancia clásica a sus canciones románticas.

Mas no fue siempre igualmente alta su inspiración poética, pues si unas veces supo elevarse a las más encumbradas regiones del arte, en otras, por dicha pocas, cayó en prosaísmo, especialmente cuando trazó los romances endecasílabos de su época juvenil, que Caro encuentra prosaicos, y la oda a la vacuna, que el mismo crítico considera indigna del cantor de la zona tórrida y del imitador, más que traductor, de Víctor Hugo en *La oración por todos*, y que “pudo, una vez en la vida, hacer declamación rimada en vez de poesía, sin invocar a las musas, y como mero ‘oficial segundo de una secretaría de gobierno’”. (5).

También Menéndez y Pelayo al comentar las *Silvas americanas* y elogiar las “bellezas propias, así históricas como descriptivas” que contienen, deplora, refiriéndose especialmente a la *Alocución a la poesía*, “que el buen gusto del autor no hubiese atenuado la monotonía prosaica de algunos trozos, que parecen pura *gaceta* rimada, de ínfima calidad poética”. (6).

Defectos son estos en que cae fácilmente quien escribe tal género de poesía —que Caro definió acertadamente como *poesía científica*— mas esto no resta al poeta y buen versificador el sentimiento e inspiración que lo caracterizan, no solo en su poesía lírica, sino en la mejor parte de ese género científico en que se acercó al poeta cantor latino de las *Geórgicas* en el canto a la zona tórrida.

Como hombre de ciencia que era Bello, no siempre asciende a las más elevadas cumbres poéticas, sino que se advierte en él una gran variedad de matices de inspiración y una diversidad de formas, así en lo original como en las traducciones, y entre estas en las que hizo del teatro francés.

Poetas griegos y latinos, renacentistas y románticos atrajeron a Bello, que vertió en nuestra lengua con propiedad y bella forma los cantos de aquellos vates insignes de tan diversas épocas.

Señalábase asimismo como originalísimo filósofo, que aplicando al estudio del idioma castellano el método analítico que se destina a las ciencias naturales, tratando a la lengua como a una de ellas, siguió por la senda que habían comenzado a recorrer Aristóteles, Santo Tomás, Francisco Sánchez y Condillac, así como otros filósofos, como lo observa don Marco Fidel Suárez, pensadores a los que bien cabe añadir a Nebrija, que, aun sin apartarse enteramente de la tradición que empleaba las normas gramaticales latinas en el estudio de las lenguas romances, había intentado ya señalar las que hallaba propias y peculiares de nuestro idioma.

Nebrija, como Bello, como Caro y como Cuervo —no sobra decirlo— entendía además que la lengua es parte integrante y esencial de la patria, y lo expresó así en aquellas elocuentes y elegantes palabras con que dedicó su gramática castellana a la reina Isabel la Católica:

"AD OPTIMAM EANDEMQUE MAXIMAM AVGVSTAM ISABELAM HVIVS NOMINIS TERTIAM HISPANIAE AC INSVLARVM MARIS NOSTRI REGINAM CLARISSIMAM AELI ANTONII NEBRISSENSIS GRAMATICI IN RECOGNITIONEM COMMENTARIOSQVE INTRODVCTIONUM SVARVM QUAS DE SERMONE LATINO BIS EDIDERAT". (7)

Entre todas las materias de orden lingüístico que trató Bello en su *Gramática* ninguna lo fue —al parecer de su ilustre comentador— de manera tan nueva y además tan perfecta como la que se refiere a su teoría del verbo castellano. En este punto, según el aludido comentarista y expositor de sus doctrinas filológicas, es en el que Bello —permítansenos citar las propias palabras de Suárez— "con mayor elegancia desenvuelve y el que por sí solo basta a conquistar a su autor el puesto de gran filólogo y de gran filósofo".

Bello analizó con aguda penetración las diversas formas verbales del castellano y las ordenó de modo sistemático conforme a una clasificación adecuada, señalando nuevas y acertadas denominaciones a las formas verbales y exponiendo su significado propio y el metafórico. Por ello dijo Suárez que ningún otro autor había logrado antes de él dominar esta parte de nuestra lengua, la más ardua y complicada de ella.

Como jurisconsulto fue el sabio caraqueño continuador de los expositores del derecho de gentes, en el que se hallaban, como si se dijera en casa, tan ilustres fundadores y predecesores del derecho internacional y de gentes como el padre Francisco Suárez y el insigne dominico Francisco de Victoria, varones doctos del Renacimiento o del posrenacimiento, con quienes Bello puede parangonarse, si no como verdadero iniciador de doctrinas jurídicas, sí como precursor y como maestro de ellas en el mundo americano, dentro de las nuevas naciones que surgían en su tiempo a la vida independiente. Con originalidad y tino aplicó entonces a la política continental las doctrinas que dejó expuestas luego en su obra sobre esta materia.

Pero, además, como jurisconsulto y como guía de la organización de las naciones hispanoamericanas, hallamos en él al redactor del código civil chileno, inspirado en la clásica tradición romana y en la nueva escuela de legislación civil que acababa de promulgarse en Francia, el código de Napoleón, que dio rumbos nuevos a la era imperial y a la democrática que habían surgido después de 1789 del caos revolucionario.

Las doctrinas jurídicas de Bello, así como sus doctrinas filológicas, aparecían como providencialmente llegadas al mundo iberoamericano, tanto para contribuir a la iniciación jurídica de la vida independiente como para reafirmar en él el amor a la lengua castellana que este debía conservar y defender de toda mengua para que fuese elemento precioso y vínculo de unión y solidaridad continental e hispánica. Los pueblos que integraban el mundo americano e hispánico necesitaban de ello para regular sus mutuas relaciones y las que estaban llamados a iniciar con la sociedad de las demás naciones.

A la vez que el genio de Bolívar daba vida independiente a las antiguas provincias ultramarinas del imperio español, el de Bello les ofrecía preciosas normas de derecho para organizar su rumbo político como naciones soberanas y les reafirmaba en la tradición hispánica con sus obras filológicas y con las de orden literario.

Pero aun siendo todas estas las más señaladas fases de talento y de las dedicaciones científicas de Bello, aun se halla que su ciencia de humanista y amigo del análisis y de la experimentación científica le llevaron al campo de las ciencias físicas y naturales, dentro del cual se señaló por importantes exposiciones de orden geográfico y cosmográfico, y principalmente por el tratado de cosmografía, escrito, según sus comentaristas, hacia 1843, pero cuya forma definitiva debió concluir en 1847.

Dentro de estas actividades, como cumpliría hacerlo también dentro de las literarias, deben mencionarse las traducciones que efectuó de las obras de Humboldt y de las de otros hombres de ciencia, versiones que publicó en la prensa hispanoamericana de Londres; esto es, en los periódicos de los hispanoamericanos que se editaban en dicha ciudad: *El Censor Americano*, en 1820, publicó estas traducciones de Bello, que continuaron saliendo más tarde en el *Repertorio Americano*, en los años de 1826 y 1827.

Humboldt y Bomplat —cabe observar de paso— fueron dos de aquellos científicos eminentes que en la época de que se habló al comienzo de esta exposición, contribuyeron eficazmente a secundar la tendencia de la juventud hispanoamericana a dedicarse a los estudios de las ciencias naturales y a los analíticos y experimentales, tendencia a que ya habían dado antes impulso los sabios cosmógrafos Jorge Juan y Antonio Ulloa y los naturalistas que integraron las expediciones botánicas que estudiaron diversas regiones de Hispanoamérica. Fueron ellas la del Perú y Chile, dirigida por don Hipólito Ruiz y por don José Pavón, organizada en 1777 por Carlos III, a la cual se agregó después el botánico francés Dombey; la del Nuevo Reino de Granada, que inició don José Celestino Mutis en Mariquita y que alcanzó su existencia oficial gracias al arzobispo- virrey don Antonio Caballero y Góngora, que obtuvo del rey Car-

los III la real cédula de su creación oficial en 1783, y la de Méjico, en cuya formación intervinieron don José Gómez Ortega y don Vicente Cervantes. (8).

Sobre estas materias se habían escrito y se habían publicado obras como la *Relación de viajes a la América Meridional*, de Jorge Juan y Antonio Ulloa en 1758, o la titulada *A voyage through the Inner Pasto of South America*, de Carlos María Lacodamine —otro científico influyente en el desarrollo de estos estudios— impresa en Londres en 1747.

Ilustres nombres de naturalistas españoles enriquecieron entoces estas ramas de la ciencia y cooperaron al progreso de su estudio y al conocimiento de las riquezas naturales de América.

No podía faltar, dentro de las amplias actividades literarias de Bello la dedicación a la historia, de lo que hemos preferido tratar en último término. Aunque no pueda considerarse al insigne humanista como historiador en toda la amplitud que el término indica, sino más bien como un preceptista de las normas filosóficas y narrativas de la historia, no es posible olvidar que Bello dejó importantes artículos de narración y de crítica históricas, en los que se señala como preceptista de este género literario. Fueron estos estudios en su mayor parte de carácter bibliográfico, mas en ellos no se limitó a dar noticia de las obras a que se refería, sino que entró a comentarlas y a analizar los métodos seguidos por los autores con propósito crítico muy acertado y útil. Y aun, saliendo a veces de este campo noticioso y crítico, entraba, a propósito del tema de la obra, a narrar él mismo los hechos a que ella se destinaba, como verdadero historiador. Así acaece en su comentario de la *Historia de la revolución de Colombia*, escrita por don José Manuel Restrepo; en el comentario que dedicó a la *Memoria* sobre la universidad en 1844, y en otros juicios críticos análogos, como en los que dedicó a las obras de Prescott; a las *Noticias secretas de América* presentadas a Fernando VI por don Jorge Juan y don Antonio Ulloa, o en el estudio y polémica sobre la *Colección de los viajes de descubrimiento*, de don Martín Fernández de Navarrete, aparecidas en 1825.

Asimismo acaece en el comentario a la *Historia física y política de Chile*, de Claudio Gay; en el dedicado a la *Memoria sobre las primeras campañas de la independencia de Chile*, de Diego José Venavente, o en el que se refiere al primer gobierno nacional de Chile, de don Manuel Antonio Tocornal y otros igualmente relativos a la historia chilena.

El más señalado escrito de carácter histórico que salió de la pluma de Bello, fue indudablemente el *Resumen de la historia de Venezuela*, que formó parte del *Calendario manual y guía universal de forasteros*, obra publicada en Caracas en 1810, pocos meses después de la introducción de la imprenta en Venezuela. Es oportuno observar aquí que en este resumen histórico, obra magnífica de síntesis y de método, así como de clara exposición, no considera a Venezuela como colonia, en la época anterior a la independencia, sino como provincia ultramarina del imperio español, parte integrante de Castilla. En esto se halla acorde la tesis histórica provincial expuesta por Bello con la que don Ricardo Levene ha sostenido en época reciente.

La historia de las literaturas antiguas, desde los pueblos del oriente hasta la griega y la latina, se ha incluido en las obras completas de Bello entre las de crítica literaria, pero más le convendría que se colocara entre las históricas, puesto que no hay allí comentario alguno, o lo hay muy breve, sino como su mismo nombre lo indica con toda propiedad, es historia literaria, narración de lo que las remotas edades y los siglos de Grecia y de Roma dejaron como patrimonio intelectual a las edades subsiguientes.

Mas con todas las faces literarias y científicas que ofrece la personalidad verdaderamente genial de don Andrés Bello se destaca la de maestro, porque el magisterio fue para él función fundamental, a tal punto que su prosa tiene marcado acento docente, sin las galas de dicción del estilo elegante y vivo, sino con las de claridad y castiza pureza idiomáticas propias de su cátedra.

Estas mismas características se hallan en sus producciones de crítica literaria, en las que se aprecia el acertado criterio con que juzgaba y apreciaba las cualidades o defectos de autores y de obras literarias, históricas o religiosas; como crítico era también maestro que aprovechaba el comentario de libros, de artículos o de poesías para enseñar e inculcar el buen criterio y el buen gusto en el arte de escribir.

Notable es su erudito estudio sobre el *Poema del Cid*, no solo de crítica poética sino de análisis gramatical y de versificación del poema; certera apreciación y elogio entusiasta se hallan en el artículo crítico que dedica a *La victoria de Junín*; consideraciones oportunas acerca del *Gil Blas* son las que hace sobre la originalidad que quepa a Lesage en esta obra y sobre las conjeturas de don Juan Antonio Llorente respecto del posible aprovechamiento que hubiera hecho este autor de la obra de un novelista español, que el escritor francés se limitó a traducir y acaso a cambiar en parte. El padre Isla al volver la obra al castellano, como dijo al traducir las aventuras e historia de *Gil Blas* de Santillana, dio por seguro que el original de la novela era español, y Bello refuta débiles las pruebas que aduce Llorente. Acaso, si no se prueba allí que Lesage no se sirvió de la obra de un escritor español para trazar la suya, sí que supo embellecerla y darle amenidad e interés como pudo ocurrir con algunos pasajes del *Gil Blas* que acaso fueron inspirados o tomados del *Bachiller de Salamanca don Querubín de la Ronda*, como puede indicarlo también la comparación del *Diablo boiteux* de Lesage con el *Diablo cojuelo* de Vélez de Guevara.

Comentó Bello la traducción de *La iliada* de don José Gómez Hermosilla, que se publicó en Madrid en 1831, justipreciando las cualidades de versión y anotando los defectos que hallaba en ella y que el mismo autor había reconocido en su prólogo.

Con entusiasmo registraba el mismo crítico, en artículo publicado en *El Araucano* de Santiago de Chile, la empresa de restaurar el romance octasílabo que había emprendido el Duque de Rivas al publicar sus *Romances históricos*. Mas tantos y tan diversos son los artículos de crítica de Bello que no es posible en breve espacio aludir a ellos; preciso es, al referirse a esta clase de actividad literaria suya, mencionar como mero ejemplo algunos de ellos.

Sin embargo, como católico que era Bello —de lo que habló Caro en escrito dedicado a demostrar esta cualidad del sabio caraqueño— trató con acierto asuntos de orden religioso; por ello no queremos dejar de mencionar, entre sus trabajos de crítica y de noticias bibliográficas, el elogio que hizo de la traducción de la *Vida de Jesucristo* del canónigo alemán Cristobal Schimid. Aparece en esta glosa o comentario el educador que sobresale siempre en Bello, no solo educador de altura universitaria y benemérito fundador de la Universidad de Santiago de Chile, sino maestro también que daba a la educación primaria la singular y fundamental importancia que tiene en la formación de los caracteres desde la infancia. Hace notar en este caso Bello la fidelidad que guarda con el relato evangélico el precioso librito —como él lo designa— que fue adaptado por la municipalidad de París para sus escuelas, y deja comprender la trascendencia que tiene el dar a las mentes infantiles en forma pura y sencilla esta clase de enseñanzas cristianas. El comentario mencionado nos ha reafirmado en la convicción de que una de las mejores normas de la educación de la niñez y de la juventud es la de llevar a ellas el conocimiento de la persona divina de Cristo, de los hechos de su vida y de su obra de redención y santificación de la humanidad.

Bello, humanista insigne, sabio en múltiples ramas, jurista eminente, poeta de notable inspiración y educador de la juventud, no solo es legítimo orgullo de la América española sino demostración de que la Madre Patria supo infundir en sus hijos del Nuevo Mundo toda la savia de su ser mismo, que, según el pensamiento del propio ilustre americano, le hace prevalecer con brillo, a pesar de adversos accidentes y contrarios sucesos, en el teatro de la cultura universal.

NOTAS

- (1) Bello, Luis. *Evocación de Andrés Bello*. *La Esfera* de 17 de mayo de 1930, p. 21.
- (2) Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Historia de la poesía hispanoamericana*, t. I p. 347. Santander. 1948.
- (3) Bello, Andrés. Obras completas. Comentario a la *Memoria* de don José Victoriano Lastarria, titulada *Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, t. XIX, p. 169.
- (4) Caro, Miguel Antonio. *Obras completas*, t. III, p. 117. Bogotá, 1925.
Torres Quintero, Rafael. *Bello en Colombia*, Instituto Caro y Cuervo. p. 135. 1952.
- (5) Caro, Miguel Antonio. *Obras completas, Don Andrés Bello*, t. III, p. 116. Bogotá. 1925. También en *Bello en Colombia*, Comp. del Instituto Caro y Cuervo, p. 134. Bogotá. 1952.
- (6) Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Historia de la poesía hispanoamericana*, t. I, cap. VI, *Venezuela*, p. 369. Santander. 1948.
- (7) Nebrija, Antonio. *Arte Grammaticae*. 1946. (Se conservó la ortografía original).
- (8) Pérez Arbeláez, Enrique. *Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada*, t. I, pp. 19 a 21. Madrid. 1954.